

La construcción de identidades, tarea atribuida a la escuela y al profesorado

Francisco RODRÍGUEZ LESTEGÁS

Correspondencia

Francisco Rodríguez Lestegás

Escuela Universitaria de Formación
de Profesorado.

Universidad de Santiago de
Compostela

Avda. de Ramón Ferreiro, s/n
CP.27002 Lugo

Teléfono: 982285865,
extensión 21039
Fax: 982285864

Correo electrónico:
lestegas@lugo.usc.es

Recibido: 9/7/2007
Aceptado: 10/6/2008

RESUMEN

La tradicional conceptualización de una identidad colectiva vinculada a un estado-nación está siendo seriamente cuestionada. La reivindicación de identidades particularistas por parte de diversos grupos regionales, étnicos o culturales coexiste con un proceso de globalización que tiende a la homogeneización cultural y a la uniformidad de modos de vida y valores compartidos. En este trabajo se aborda el proceso de incorporación del conocimiento de Europa a la cultura escolar y el papel relevante de la Escuela y del profesorado en la construcción de una identidad europea intercultural basada en la aceptación de múltiples identidades simultáneas.

PALABRAS CLAVE: Identidad, Interculturalidad, Europa, Cultura escolar, Profesorado.

The construction of identities, a task attributed to the school and the teachers

ABSTRACT

The traditional conceptualization of a collective identity linked to a state-nation is being seriously questioned. The vindication of specific identities on the part of several regional, ethnic or cultural groups coexists with a globalisation process that tends towards cultural standardization and the uniformity of ways of life and shared values. This paper deals with the process of incorporation of the knowledge of Europe into the school culture and the outstanding role of the school and the teachers in the construction of an intercultural European identity based on the acceptance of multiple simultaneous identities.

KEY WORDS: Identity, Interculturality, Europe, School Culture, Teachers.

I.- Introducción

A partir del siglo XVIII, y coincidiendo con el proceso histórico de configuración y consolidación de los estados-nación, la identidad nacional-estatal ha sido la forma dominante de construcción de identidades colectivas en nuestro continente (FUCHS, GERHARDS & ROLLER, 1995). Al propio tiempo, los derechos sociales y políticos asociados a la idea de ciudadanía se basaban en la pertenencia del individuo a una determinada comunidad nacional inequívocamente coincidente con una unidad política, condición que se estimaba necesaria y suficiente para asegurar la homogeneidad cultural e identitaria de todos sus miembros. Pero este panorama se está viendo sometido a modificaciones de largo alcance, dado que los cambios que se han venido produciendo en el escenario internacional a lo largo de las últimas décadas (globalización, descentralización, flujos migratorios) han conducido a una nueva situación en la que estados y naciones han dejado de ser entidades intercambiables, de modo que la mayor parte de los países independientes actuales son plurinacionales y multiétnicos (LAMO DE ESPINOSA, 1995; SMITH, 1991, 1992), al tiempo que las divergencias territoriales entre Estado y nación han alimentado activos movimientos expansionistas o irredentistas y generado broncos conflictos fronterizos (NADAL, 1990).

Todo ello ha puesto en tela de juicio la utilidad del estado-nación soberano, por tratarse ahora de un modelo un tanto anacrónico que resulta demasiado grande para resolver ciertos problemas y excesivamente pequeño para abordar otros. Así, la reivindicación de identidades particularistas por parte de diversos grupos nacionales, étnicos o culturales –lo que Thual (1995) denomina *retribalización*– se superpone a una imparable globalización que tiende a la homogeneización cultural y a la uniformidad en lo que respecta a modos de vida y valores compartidos (BÁRCENA, 1997; KYMLICKA, 1995; MARTINIELLO, 1997). Y en nuestro país, que no ha resultado ajeno a esas modificaciones, el antes hegemónico nacionalismo español se ve ahora doblemente cuestionado: por abajo, a causa de la emergencia de nuevos referentes infranacionales, y por arriba, en virtud del proceso de construcción de un espacio supranacional y de impulso de una identidad europea (AUDIGIER, 1997; LÓPEZ FACAL, 2001; MARÍN, 2002; VALLS, 2001; VALLS & LÓPEZ, eds., 2002).

II.- Una tarea profesional conocida: construir una identidad nacional-estatal

Identidad, nacionalidad y ciudadanía son tres conceptos que, vinculados con la idea de modernidad, han venido funcionando conjuntamente hasta nuestros días. El Estado moderno se ha instituido como una unidad político-geográfica basada conceptualmente en el ideal de congruencia espacial, es decir, un pueblo culturalmente homogéneo con plena capacidad de decisión y control sobre un territorio políticamente soberano (ANDERSON, 1986, 1988; KNIGHT, 1982). Por eso, la territorialidad ha sido siempre considerada un elemento destacado en la construcción de la identidad, bajo la suposición de que la pertenencia a un Estado soberano es lo que genera de manera automática una identificación como miembro de una comunidad política (AUDIGIER, 1999). Y junto al territorio, también la lengua y la cultura suelen estar presentes en la definición de identidad (DÍEZ NICOLÁS, 1999), término, en todo caso, inequívocamente abstracto, complejo y multidimensional, que puede entenderse como *“la vinculación a unas determinadas formas culturales (historia, lengua, tradiciones, etc.) y referida a un determinado ámbito geográfico”* (PRATS (dir.), 2001, 149).

Pues bien, coincidiendo con el apogeo de los nacionalismos europeos a lo largo del siglo XIX, la Escuela asumió la misión de desarrollar el imaginario nacional, es decir, crear un intenso sentimiento nacionalista cimentado sobre una cultura compartida, base de una identidad colectiva común y unitaria que era preciso desplegar entre los escolares, al tiempo que se les transmitían los valores apropiados para exaltar su espíritu patriótico e inculcarles el amor a la patria, madre común de todos los ciudadanos.

Por lo que a nuestro país se refiere, las políticas de construcción de una identidad nacional giraron alrededor de la difusión de una ideología territorial basada en la representación de España como Estado unitario y de lo español como categoría indiscutida. El término *espíritu nacional*, reiteradamente utilizado en nuestro sistema educativo hasta 1976, abarcaba el conjunto de creencias, sentimientos, imágenes, símbolos, ideales y valores plenamente compartidos por todos los españoles y en el que tendría que apoyarse la ansiada reconstrucción de la unidad nacional.

Con un planteamiento de resabio asimilacionista que magnificaba los elementos unitarios del Estado español y banalizaba las peculiaridades regionales, cualquier manifestación de diversidad cultural y lingüística se veía reducida a simple anécdota costumbrista (HERNÁNDEZ, 2000): los habitantes de las diferentes regiones se distinguen por sus modos de vida y sus costumbres tradicionales, por la diversidad de sus trajes, fiestas y bailes típicos, por sus refranes y decires, y por sus diferentes psicologías y lenguajes. La hegemonía del discurso conservador reforzaba la visión centripeta del país, identificando centralismo con modernidad y fortaleza, con el único objetivo de justificar la estructuración de un Estado unitario y desarrollar una conciencia nacional alrededor de la idea de que todos los españoles forman una sola nación y un único Estado.

III.- Una nueva tarea: construir una identidad europea

Sí, pero las condiciones de partida son diferentes. Ante la ausencia de una demarcación geográfica bien definida, la identidad europea o *europiedad* se sustenta más en un patrimonio cultural común y en ciertos valores compartidos que en la territorialidad. En este sentido, a la hora de señalar los elementos caracterizadores de *lo europeo* suele destacarse, en primer lugar, la herencia de la cultura clásica grecolatina y la impronta del cristianismo, pero también la influencia islámica y otras contribuciones más recientes, siempre dentro de unas estructuras culturales que poseen una considerable capacidad de asimilación e integración de los aportes externos, vertebrando ordenadamente cada nuevo elemento incorporado (FONTANA, 1994; JÁUREGUI, 2000).

Ahora bien, al hablar de cultura europea nos estamos refiriendo realmente a una enorme pluralidad de culturas, cada una de ellas dotada de sus códigos peculiares y de su propia identidad. La Europa multicultural se nos presenta, pues, no exactamente “*unida en la diversidad*” –como reza el lema oficial–, sino más bien como una “*familia de culturas*” (SMITH, 1991, 1992) forjada a partir de tradiciones históricas y herencias culturales parcialmente compartidas. Por eso, cuando el artículo 151 del Tratado de Amsterdam (1997) reconoce la necesidad de valorar lo que define como “*patrimonio cultural común*” de todos los europeos, conviene aclarar previamente qué es lo que debemos entender por ese patrimonio compartido y cómo puede conjugarse este concepto con la reconocida e insoslayable existencia de diversidades culturales a escala nacional y regional (JÁUREGUI, 2000). No vaya a ser que, como advierte Morin (1987), tengamos que pensar la identidad europea en términos de no-identidad.

Había sido el Tratado de la Unión Europea (UE en lo sucesivo), firmado en Maastricht en 1992, el instrumento encargado de avivar el proceso de construcción de una identidad europea, al apostar por la institucionalización del estatuto de ciudadanía europea. Al propio tiempo, los acuerdos adoptados en Maastricht hicieron de la educación, por vez primera, un ámbito más de las políticas europeas comunes, valorando la relevancia de su aportación a la creación de una nueva ciudadanía. La Escuela y el profesorado tienen que contribuir ahora a dotar a los estudiantes de los instrumentos necesarios para asumir y desarrollar adecuadamente la *dimensión europea*, definida menos como un contenido académico que como un sistema de actitudes y valores basados en el pluralismo, la tolerancia y la apertura a los otros. Los sistemas educativos nacionales de todos los estados de la UE son llamados a europeizar el currículum (RYBA, 1993), ante la convicción de que la construcción de una verdadera identidad supranacional entre los ciudadanos europeos pasa por la incorporación del conocimiento de Europa a la cultura escolar, exactamente el mismo vehículo utilizado con anterioridad para crear una conciencia nacional.

Enseñar Europa y explicarla como concepto cultural se ha convertido, pues, en un imperativo legal. No olvidemos que, si bien la *Europa de los mercaderes* es un espacio cada vez más amplio, su superestructura política es todavía muy incipiente y, además, carece de un *demos*, es decir, una población que se identifique con ella. Por eso, y aun a riesgo de tener que afrontar nuevos interrogantes en relación con la identidad personal y colectiva (AUDIGIER, 1997), al sistema educativo se le exige el esfuerzo de lograr que los europeos nos sintamos partícipes del proceso de integración comunitaria, lo que obliga a reforzar y potenciar la identidad europea. Lograr una adecuada articulación entre la formación de la identidad/ciudadanía nacional, que se mantiene contra viento y marea, y la identidad/ciudadanía europea, ahora jurídicamente definida, constituye todo un desafío en el que el profesorado se ve irremediabilmente implicado.

Para ello, es preciso generar un objeto de enseñanza capaz de construir un nuevo imaginario europeo por encima de los estereotipos, de los antagonismos, de la compartimentación política del espacio y de los continuos enfrentamientos armados entre los diversos pueblos del continente que negaban la realidad europea y que la Escuela se ha esforzado en destacar y propagar (RODRÍGUEZ LESTEGÁS, 2006). Lamentablemente, la exigente encomienda de forjar una identidad europea coincide con horas bajas en la conciencia europeísta de los ciudadanos, de modo que, justo cuando llevamos medio siglo de integración comunitaria, todo parece indicar que la ciudadanía europea no despierta grandes entusiasmos. Lo cierto es que la prevalencia del estado-nación en unos casos o de la región-nación en otros se resiste a desaparecer de la *vulgata* escolar.

IV.- Una tarea sugerente: construir identidades múltiples

Las instituciones comunitarias han puesto en marcha una campaña de concienciación de los ciudadanos europeos en relación con el patrimonio cultural compartido, junto con una serie de medidas simbólicas dirigidas a promover la integración social y cultural. Se postula una *cultura europea* cuyos fundamentos se asientan en la religión judeo-cristiana, en la filosofía y el arte griegos, en el derecho romano, en el humanismo renacentista, en el racionalismo y la ciencia de la Ilustración, en la economía de mercado, en los valores democráticos y el imperio de la ley. Sin embargo, tal como observan Hansen (1998) y Shore (1993), esta problemática representación de Europa solo sirve para reforzar las connotaciones etnocéntricas y entorpecer no solo la integración de las poblaciones inmigrantes de religión musulmana, sino también la incorporación a la UE de países como Turquía. En realidad, lo que hace una *europiedad* definida en un restrictivo marco monocultural es modular la

identidad a partir del dualismo entre inclusión y exclusión: *nosotros, los europeos* frente a *ellos, los no-europeos*. Se trata de una oposición que simplemente actualiza la alteridad atribuida a otros pueblos a lo largo de la historia: las hordas asiáticas, los bárbaros, los infieles musulmanes, los indios, los salvajes africanos, los gitanos, los comunistas, los judíos (SHORE, 1993).

Por otra parte, la Europa supranacional, a pesar de compartir algunos de los atributos propios de los estados-nación (bandera, himno, instituciones de gobierno, moneda, día de Europa), no es en absoluto un superestado, ni menos aún una supernación, y tampoco consta que aspire a serlo algún día (LLOBERA, 1995; SMITH, 1991); de hecho, cuanto más se avanza en la construcción europea, más se reducen las expectativas razonables de que este proceso pueda culminar en un tipo de entidad supranacional que reproduzca a mayor escala el modelo de estado-nación clásico. Lo cierto es que en estos momentos no es fácil evitar la percepción de un proyecto europeo que, por sus pretensiones homogeneizadoras, es visto como una amenaza para las culturas e identidades nacionales todavía profundamente arraigadas entre ciertos sectores de la población de los países comunitarios europeos (MARTINIELLO, 1997). No olvidemos que, tras muchos años de absoluta preeminencia de las identidades nacionales, los europeos siguen valorando extraordinariamente las singularidades de sus respectivos pueblos. El estado-nación sigue siendo la forma dominante de división político-territorial y parece poco probable que esta situación vaya a modificarse sustancialmente en un futuro próximo; más aún, los impulsos identitarios en nuestro continente, incluso los de carácter más minoritario, son tan activos que permiten hablar de un movimiento de *re-nacionalización* de Europa (GARCÍA DE CORTÁZAR, 2005; KNIGHT, 1982; THUAL, 1995).

Entonces, ¿cabe la posibilidad de construir una identidad europea potente sin erosionar al mismo tiempo los viejos nacionalismos estatales?, se pregunta Shore (1993). O dicho de otro modo: si desde la estructura política de los estados se procura que las identidades nacionales se mantengan firmemente enraizadas, ¿cómo generar una identidad colectiva capaz de promover un fuerte grado de identificación entre los ciudadanos europeos? (SMITH, 1992). La respuesta tiene que ver con un principio fundamental de nuestra convivencia democrática: el respeto a las diferencias nacionales y regionales, fruto de la historia o de la tradición y entendidas como un elemento de diversidad cultural sumamente enriquecedor.

Por consiguiente, al profesorado no le queda otra opción que contribuir a *“desarrollar unos modelos de identificación que sean válidos para todas las personas y que permitan compaginar la identidad nacional y cultural con una identidad supranacional, abierta, flexible y evolutiva”* (MARÍN, 2002, 45). Lo que hace imprescindible la puesta en marcha de un enfoque alternativo basado en la aceptación de múltiples identidades simultáneas, porque *“la identidad no es algo dado de una vez para siempre. Más bien la identidad es un proceso en formación que se construye y reconstruye en el curso de vida de los individuos y grupos, y ello a través de diferentes facetas, roles y circunstancias”* (MELUCCI, 2001, 115).

Lejos de una consideración de la identidad como algo monolítico o petrificado, desde postulados postmodernistas se entiende que los individuos que conforman las sociedades contemporáneas actúan como agentes activos de construcción de identidades y pertenencias, desplazándose de una a otra, minimizándola o exagerándola incluso, según las circunstancias lo requieran (BÁRCENA, 1997; GARRETA, 2003). Esto significa que las personas se identifican con diversas afiliaciones colectivas, definiéndose en ocasiones por la nacionalidad de pertenencia (gallego, bretón, escocés), pero otras veces por el Estado soberano en el que esa nacionalidad se integra políticamente (español, francés, británico), o por la lengua que usan, o por la religión que practican, o por los rasgos étnicos que les caracterizan, o por cualquier otro elemento que pueda singularizar su identidad en ese momento; además, cualquier intento de priorizar alguna de estas identidades entraña un serio riesgo de ruptura de este difícil equilibrio de lealtades, y cualquier proclamación monopolista y excluyente de identidad tiende a producir afirmaciones compensatorias de otro tipo (LAMO DE ESPINOSA, 1995).

La europea es, precisamente, una de esas sociedades cuyos miembros se mueven cada vez más en los confines de distintos sistemas, en cada uno de los cuales despliegan solamente una parte de su identidad. Esta necesidad creciente de desarrollar identidades múltiples y permeables significa que los individuos deben lealtad a comunidades situadas en diferentes escalas, si bien la identidad de la unidad inferior debe contar con la aprobación y el reconocimiento de la unidad situada en el nivel superior, hasta configurar un auténtico *“puzzle”* de identidades (LAMO DE ESPINOSA, 1995; MARÍN, 2002; MELUCCI, 2001). Desde un planteamiento de *“círculos concéntricos de lealtad”* (SMITH, 1991, 1992), *“identidades concéntricas”* (DÍEZ MEDRANO & GUTIÉRREZ, 2001) o *“nacionalismos multinivel”* (MILLER, 2000), no es cuestión de elegir una sola identidad entre varias posibles, dado que, al contrario de lo que se ha sostenido en muchas ocasiones, está suficientemente demostrado (DÍEZ MEDRANO & GUTIÉRREZ, 2001; DÍEZ NICOLÁS, 1999) que las identidades no son incompatibles ni mutuamente excluyentes.

Por consiguiente, en la Escuela *“la génesis de una identidad europea no debería generar conflictos con las identidades nacionales de los ciudadanos autóctonos o con otras fuentes de filiación”* (SOLÉ & PARELLA, 2003, 175). Y este es, precisamente, el sentido de la construcción de una identidad europea basada en la idea de ciudadanía múltiple, que Heater (1990, 1999) contraponen al tradicional concepto unidimensional de ciudadanía. En su lugar, se apuesta por una noción multidimensional, abierta, pluralista y polisémica, que se fundamenta en el reconocimiento de que la persona puede compatibilizar varias lealtades e identidades cívicas.

V.- Una tarea inaplazable: construir una identidad europea intercultural

Como apunta Martiniello (2007), en la UE nos encontramos ya con una amplia variedad de filiaciones e identidades nacionales y etnoculturales, diversidad que no va a desaparecer a pesar de las presiones de la globalización a favor de la uniformidad. Es como si la comunidad europea entrase de lleno en un proceso de *diversificación de su diversidad*. En estas circunstancias, ¿cómo generar una identidad europea respetuosa con las diversas filiaciones nacionales y culturales?; ¿cómo construir el sentimiento de pertenencia a una comunidad dada desde la diversidad étnica, lingüística y cultural?; ¿son compatibles identidad y multiculturalismo?; y, por lo tanto, ¿es posible la construcción de una identidad europea intercultural?

Pues bien, siendo evidente que la identidad crea los fundamentos sobre los que se construye una convivencia armónica (GARRETA, 2003), es preciso destacar el papel protagonista del profesorado en la construcción de la identidad europea intercultural de las nuevas generaciones, a través del desarrollo de las competencias necesarias –de naturaleza tanto cognitiva como emotiva– para comprender y apreciar las distintas culturas, así como para posibilitar una comunicación intercultural más eficaz (KYMLICKA, 2001; RODRIGO, 1999). A este respecto y desde una perspectiva liberal, Bauböck (1999) se muestra partidario de que las minorías puedan exigir recursos públicos para que sus miembros estén en condiciones de preservar y desarrollar sus propias herencias culturales, que deben ser incluidas en una cultura pública compartida. Este principio supone evitar el conocimiento escolar superficial de las culturas que no va más allá de los rasgos exóticos y puramente anecdóticos de las mismas; también hay que eliminar las falsas imágenes y los estereotipos negativos que cada cultura produce acerca de las demás, e iniciar el proceso de interacción intercultural desde una posición de igualdad que posibilite un acercamiento empático: ser capaces de superar la visión etnocéntrica y partir de los referentes culturales ajenos para identificarse con el otro, ponerse en su lugar, sentir lo que él siente.

Las sociedades de inmigración necesitan dotarse de una identidad compartida, pero nunca a partir de la exigencia de una lealtad exclusiva. Bartolomé & Cabrera (2003) señalan algunas pautas para hacerlo: partir de una autocomprensión y valoración crítica de la propia cultura; construir el sentimiento de pertenencia a una comunidad política desde un enfoque inclusivo; reconocer las dificultades para la adquisición de ese sentimiento de pertenencia cuando la mayoría no acepta la inclusión de la minoría o cuando ésta no dispone de los recursos necesarios para participar activamente en la comunidad, y trabajar operativamente el sentimiento de pertenencia a comunidades políticas cada vez más amplias sin prescindir de las escalas más próximas.

En todo caso, la historia nos enseña que sólo sobre la aceptación de la multiculturalidad, y nunca sobre el uniformismo impuesto unilateralmente de forma hegemónica, se podrá construir una Europa unida con vocación de permanencia. Por consiguiente, la verdadera clave de este enfoque se sitúa en enfatizar la toma en consideración de la doble dimensión de la multiétnicidad y la pluriculturalidad a la hora de definir la identidad europea. Es preciso determinar *“cuáles son los intereses que pueden ser comunes a los autóctonos europeos y a los inmigrantes para permitir generar una identidad europea”* (SOLÉ & PARELLA, 2003, 177). Sólo sobre la base de la asunción del pluralismo como condición de legitimidad y del reconocimiento del derecho a la identidad cultural de los colectivos minoritarios como requisito indispensable para el ejercicio de la autonomía individual (KYMLICKA, 1995), Europa podrá desarrollar un *nosotros* desde identidades culturales diferentes –a veces enfrentadas– (BARTOLOMÉ & CABRERA, 2003) y fomentar la construcción de una identidad cívica intercultural capaz de superar las diferencias étnicas, culturales o religiosas. Ya se sabe que este reto entraña una mayor dificultad que si se acometiera en un contexto cultural más homogéneo, pero, a cambio, permitiría configurar una identidad europea basada en la inclusión y la equidad, *“abierto, compatible con las identidades de origen y otras fuentes de identificación (a escala local, regional, nacional...) tanto si se trata de inmigrantes como de nacionales de los distintos estados miembros y de sus respectivas regiones”* (SOLÉ & PARELLA, 2003, 179).

Nadie debe ser privado de sus derechos sociales y políticos por razones derivadas de su identidad étnica o cultural, pero el reconocimiento de tales derechos a los residentes extranjeros, como punto de partida para la creación de vínculos de pertenencia, con ser una condición necesaria, no es suficiente. Es preciso, además, eliminar las desigualdades estructurales ligadas a la condición étnica y cultural, tanto en lo que se refiere a la posición en el mercado laboral como en el acceso a los servicios del Estado (sanidad, educación, vivienda...), de manera que los inmigrantes se sientan partícipes del desarrollo económico y social que ellos mismos contribuyen a generar, sin verse en la necesidad de aceptar incondicionalmente una situación que pase por la asimilación cultural o la renuncia a sus identidades de origen (SOLÉ & PARELLA, 2003).

“El eje central de cualquier avance hacia la ciudadanía multicultural comunitaria es la noción de una igualdad de derechos y deberes básicos para todos los residentes legales en la Unión Europea”, advierte con firmeza Martiniello (2007, 80). Sólo respetando este principio caminaremos hacia una sociedad europea en la que todos los individuos, sin discriminación alguna por su diferencia étnica o cultural, puedan defender sus intereses en un marco de identidad compartido. Y sólo así seremos capaces de construir una identidad europea intercultural, reconociendo que, aunque declaremos una

preferencia más o menos decidida a favor de los valores de la nuestra, todas las culturas tienen manifestaciones sumamente valiosas.

VI.- Conclusión

Al margen de las fronteras cada vez más difusas y porosas del estado-nación, la multiplicación de centros autónomos de decisión, junto a la interdependencia planetaria y la emergencia de fuerzas políticas y económicas transnacionales son las tendencias, aparentemente contrapuestas, que definen el mundo actual (MELUCCI, 2001). Así, en el escenario europeo pugnan dos fuerzas político-territoriales divergentes: por un lado, la eclosión de grupos regionales o nacionales de dimensión subestatal que desean recuperar su particular identidad y adquirir la mayor capacidad de autogobierno posible – cuando no la plena soberanía tras el reconocimiento del derecho a la autodeterminación– que les permita regir sus propios destinos, y, por otro, la tendencia hacia una integración de carácter supranacional en la que se implica un creciente número de países. Es evidente que ese refuerzo de los sentimientos de identificación con territorios y sociedades a pequeña escala forma parte de una estrategia de enfrentamiento a la imparable uniformización cultural que pretende adueñarse de las sociedades modernas configuradas a gran escala (KNIGHT, 1982).

Pero, además, a esta tensión entre el resurgimiento de los nacionalismos y la aspiración al desarrollo de una cultura global hay que sumarle una última circunstancia que afecta al proyecto europeo: los nuevos flujos demográficos evidencian la arbitrariedad de las fronteras políticas y han originado una creciente presencia de inmigrantes residentes de forma más o menos permanente en los países comunitarios. De este modo, sociedades relativamente homogéneas han ido adquiriendo un carácter multiétnico, multilingüe y multicultural, hasta el punto de que el mundo actual aparece definido por “*espacios sociales multiculturales*”, es decir, por la “*coexistencia en el mismo espacio social y geográfico de individuos pertenecientes a culturas diversas que las practican en esos espacios*” (LAMO DE ESPINOSA, 1995, 54). En este contexto, sumamente propicio a la emergencia de identidades confusas, cuando no contradictorias, “*¿cómo es posible la ciudadanía, noción tradicionalmente concebida en términos homogéneos, en nuestra sociedad política actual, especialmente propensa a la fragmentación y al pluralismo?*” (ZAPATA, 2001, 211). Sabemos que la noción formal de ciudadanía siempre se ha referido a la identificación del ciudadano como miembro de una comunidad política geográficamente determinada (ZAPATA, 1996), pero ahora es necesaria una redefinición de la identidad nacional, con la consiguiente revisión del arraigado vínculo histórico entre ciudadanía y nacionalidad (BARTOLOMÉ & CABRERA, 2003; DE LUCAS, 1997; GARRETA, 2003; MARÍN, 2002; SOLÉ & PARELLA, 2003).

La tradicional conceptualización de una nacionalidad otorgada necesariamente por la vinculación a un estado-nación conlleva la exclusión social de la población inmigrante, aunque comparta intereses colectivos con los autóctonos y contribuya activamente al desarrollo de la sociedad receptora. Ante una discriminación tan difícilmente sostenible, el acelerado incremento de sociedades multiétnicas en Europa ha impulsado el debate en torno a una ciudadanía de carácter supranacional, que Bauböck (1994) y Soysal (1994) prefieren denominar “*transnacional*” y “*postnacional*”, respectivamente, y que cuestiona seriamente la consideración del Estado nacional como fuente principal o única de identidad. Por el contrario, se abre ahora un abanico de lealtades e identidades que ya no están exclusivamente definidas por idearios nacionales, sino que responden a las demandas de asunción tanto del pluralismo cultural como de un mayor protagonismo político de las regiones.

Este es el planteamiento en el que tiene cabida la puesta en marcha de una alternativa eficaz a esa Escuela habitualmente reproductora de una visión etnocéntrica y monocultural de la realidad social, desarrollando procesos educativos que no se limiten a defender la diversidad cultural y a garantizar la igualdad de derechos para todas las personas, sino que contribuyan a tender puentes entre culturas diferentes y a fortalecer la cohesión social.

Referencias bibliográficas

- ANDERSON, J. (1986). Nationalism and geography. En ANDERSON, J. (ed.), *The rise of the modern state*. Brighton: Wheatsheaf, 115-142.
- ANDERSON, J. (1988). Nationalist ideology and territory. En JOHNSTON, R. J., KNIGHT, D. B. & KOFMAN, E. (eds.), *Nationalism, self-determination and political geography*. Londres: Croom Helm, 18-39.
- AUDIGIER, F. (1997). Histoire, géographie et éducation civique à l'école: identité collective et pluralisme. *Actes du Colloque “Défendre et transformer l'école pour tous”*. Marsella: IUFM de Aix-Marsella (Cd-rom).
- AUDIGIER, F. (1999). *L'éducation à la citoyenneté. Synthèse et mise en débat*. París: INRP.
- BÁRCENA, F. (1997). *El oficio de la ciudadanía. Introducción a la educación política*. Barcelona: Paidós.
- BARTOLOMÉ, M. & CABRERA, F. (2003). Sociedad multicultural y ciudadanía: hacia una sociedad y ciudadanía interculturales. *Revista de Educación*, núm. extraordinario, 33-56.

- BAUBÖCK, R. (1994). *Transnational citizenship. Membership and rights in international migration*. Aldershot: Edward Elgar.
- BAUBÖCK, R. (1999). Justificaciones liberales para los derechos de los grupos étnicos. En GARCÍA, S. & LUKES, S. (comps.), *Ciudadanía: justicia social, identidad y participación*. Madrid: Siglo XXI, 159-193.
- DE LUCAS, J. (1997). Sobre las dificultades del proceso de (re)construcción europea. La identidad, entre el vínculo nacional y la realidad multicultural. *Debats*, 61, 25-38.
- DÍEZ MEDRANO, J. & GUTIÉRREZ, P. (2001). Nexted identities: national and European identity in Spain. *Ethnic and Racial Studies*, 24(5), 753-778.
- DÍEZ NICOLÁS, J. (1999). *Identidad nacional y cultura de defensa*. Madrid: Síntesis.
- FONTANA, J. (1994). *Europa ante el espejo*. Barcelona: Crítica.
- FUCHS, D., GERHARDS, J. & ROLLER, E. (1995). Nationalism versus eurocentrism? The construction of collective identities in Western Europe. En MARTINIELLO, M. (ed.), *Migration, citizenship and ethno-national identities in the European Union*. Aldershot: Ashgate [ed. de 1999], 165-178.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J. A. (2005). Nacionalismos en la Edad Media; la Edad Media en los nacionalismos. En GARCÍA DE CORTÁZAR, F. ET AL., *Nacionalismos e Historia*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 25-65.
- GARRETA, J. (2003). *La integración sociocultural de las minorías étnicas (gitanos e inmigrantes)*. Barcelona: Anthropos.
- HANSEN, P. (1998). Schooling a European identity ethno-cultural exclusion and nationalist resonance within the EU policy of "The European Dimension of Education". *European Journal of Intercultural Studies*, 9(1), 5-23.
- HEATER, D. (1990). *Citizenship: The civic ideal in World History, Politics and Education*. Londres: Longman.
- HEATER, D. (1999). *What is citizenship?* Cambridge: Polity Press [ed. de 2002].
- HERNÁNDEZ, F. X. (2000). La enseñanza de las Ciencias Sociales en el nuevo contexto político europeo. *Iber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, 23, 7-16.
- JÁUREGUI, J. A. (2000). *Europa. Tema y variaciones. La identidad y variedad cultural europea*. Madrid: Maeva.
- KNIGHT, D. B. (1982). Identity and territory: Geographical perspectives on nationalism and regionalism. *Annals of the Association of American Geographers*, 72(4), 514-531.
- KYMLICKA, W. (1995). *Multicultural citizenship. A liberal theory of minority rights*. Oxford: Oxford University Press [trad. cast.: *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós, 1996].
- KYMLICKA, W. (2001). *Politics in the vernacular. Nationalism, multiculturalism and citizenship*. Oxford: Oxford University Press. [trad. cast.: *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Barcelona: Paidós, 2003].
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1995). Fronteras culturales. En LAMO DE ESPINOSA, E. (ed.), *Culturas, estados y ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa*. Madrid: Alianza, 13-79.
- LLOBERA, J. R. (1995). Estado soberano e identidad nacional en la Europa actual. En LAMO DE ESPINOSA, E. (ed.), *Culturas, estados y ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa*. Madrid: Alianza, 127-149.
- LÓPEZ FACAL, R. (2001). Enseñanza de la historia y formación de la identidad nacional. En ESTEPA, J., FRIERA, F. & PIÑEIRO, R. (eds.), *Identidades y territorios: un reto para la didáctica de las Ciencias Sociales*. Oviedo: Asociación Universitaria de Profesores de Didáctica de las Ciencias Sociales/KRK, 145-169.
- MARÍN GRACIA, M^a A. (2002). La construcción de la identidad en la época de la mundialización y los nacionalismos. En BARTOLOMÉ PINA, M. (coord.), *Identidad y ciudadanía. Un reto a la educación intercultural*. Madrid: Narcea, 27-49.
- MARTINIELLO, M. (1997). *Sortir des guettos culturels*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques [trad. cast.: *Salir de los guetos culturales*. Barcelona: Bellaterra, 1998].
- MARTINIELLO, M. (2007). Integración y diversidad en una Europa multicultural. *Vanguardia Dossier*, 22, 78-83.
- MELUCCI, A. (2001). *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta.

- MILLER, D. (2000). Les dues cares del nacionalisme. En GUIBERNAU, M. (dir.), *Nacionalisme. Debats i dilemes per a un nou mil·lenni*. Barcelona: Proa, 87-102.
- MORIN, E. (1987). *Penser l'Europe*. París: Gallimard [trad. cast.: *Pensar Europa. Las metamorfosis de Europa*. Barcelona: Gedisa, 1988, 1994].
- NADAL, F. (1990). Los nacionalismos y la geografía. *Geo-Crítica*, 86, 5-45.
- PRATS, J. (dir.) (2001). *Los jóvenes ante el reto europeo. Conocimientos y expectativas del alumnado de educación secundaria*. Barcelona: Fundación "la Caixa".
- RYBA, R. (1993). La incorporación de la dimensión europea al currículum escolar. *Revista de Educación*, 301, 47-60.
- RODRIGO, M. (1999). *La comunicación intercultural*. Barcelona: Anthropos.
- RODRÍGUEZ LESTEGÁS, F. (2006). Cultura escolar, ideología y geografía: de la «identidad nacional» a la «identidad europea», o la construcción de un nuevo objeto de enseñanza. *Revista de Educación*, 339, 837-858.
- SHORE, C. (1993). Inventing the 'People's Europe': Critical approaches to European Community 'Cultural Policy'. *Man*, 28(4), 779-800.
- SMITH, A. D. (1991). *National identity*. Londres: Penguin [trad. cast.: *La identidad nacional*. Madrid: Trama, 1997].
- SMITH, A. D. (1992). National identity and the idea of European unity. *International Affairs*, 68(1), 55-76.
- SOLÉ, C. & PARELLA, S. (2003). Identidad colectiva y ciudadanía supranacional. *Papeles de Economía Española*, 98, 166-181.
- SOYSAL, Y. N. (1994). *Limits of citizenship. Migrants and postnational membership in Europe*. Chicago: University of Chicago.
- THUAL, F. (1995). *Les conflits identitaires*. París: Marketing [trad. cat.: *Els conflictes identitaris*. Catarroja (Valencia): Afers, 1997].
- VALLS, R. (2001). La dimensión europea e intercultural o el reto de las identidades en la enseñanza de las ciencias sociales. En ESTEPA, J., FRIERA, F. & PINEIRO, R. (eds.), *Identidades y territorios: un reto para la didáctica de las Ciencias Sociales*. Oviedo: Asociación Universitaria de Profesores de Didáctica de las Ciencias Sociales/KRK, 485-494.
- VALLS, R. & LÓPEZ, A. (eds.) (2002). *Dimensión europea e intercultural en la enseñanza de las ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- ZAPATA, R. (1996). Ciudadanía y Estados de Bienestar o De la ingravidez de lo sólido en un mundo que se «desnewtoniza» social y políticamente. *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, 130, 75-96.
- ZAPATA, R. (2001). *Ciudadanía, democracia y pluralismo cultural: hacia un nuevo contrato social*. Barcelona: Anthropos.